

Labor periodística de Raimundo García «Garcilaso»

(1902-1925)

ROBERTO ZAMARBIDE NICUESA

El 19 de octubre de 1962 fallecía en su casa de Pamplona Raimundo García, «Garcilaso». Contaba en el momento de su muerte 78 años de edad. De ellos, había dedicado 60 al periodismo, la que fue su profesión durante toda su vida.

En ese tiempo, Raimundo García tuvo oportunidad de ser testigo de los más importantes acontecimientos de la historia, desde su puesto de observador al frente de «Diario de Navarra». Además de seguir con atención dos guerras mundiales, pudo también ser protagonista en la historia local de su región y de su ciudad, aunque siempre rehusó de forma manifiesta la fama.

Los sesenta años de actividad periodística de «Garcilaso» marcan toda una época del periodismo en Navarra. Primero en «El Eco de Navarra», a donde llegó como aprendiz a los 18 años, y después en «Diario de Navarra», periódico que muy pronto pasaría a dirigir, Raimundo García desarrolló una ingente labor informativa cuyo estudio completo es preferible dejar para otra ocasión. En esta será mi objetivo profundizar en el período de su actividad que quizá resulte menos conocido: sus primeros años. Trataremos a continuación de su etapa de nueve años en «El Eco...», su paso al «Diario», el ascenso a director apenas un año después para finalizar con sus crónicas de la guerra de Africa. Hasta Marruecos se desplazó Raimundo García en tres ocasiones para llevar a sus lectores las noticias de los soldados navarros en el frente. Esta labor mereció la gratitud de las autoridades provinciales de entonces, que le distinguieron con el título de «hijo adoptivo de Navarra».

La llegada a Pamplona

Raimundo García nació en Madrid el 22 de marzo de 1884, según rezan los pocos documentos personales que aún se conservan. Parece ser que su familia procedía de León, por lo que se llegó a afirmar que «Garcilaso» era leonés, aunque no era cierto. En cambio, leonés fue su padre, exiliado en Francia tras la Guerra Carlista.

Muy poco se sabe de los primeros años del joven Raimundo en la capital de España. De aquella época, él mismo solía referir que vivía alojado en una pensión, regentada por una señora de Tafalla. Tenía catorce años cuando ya colaboraba en la revista «La España Moderna», de Lázaro Galdiano. Hacía para ella traducciones del francés, idioma aprendido de su padre.

[1]

Recién terminado el bachillerato en el Instituto San Isidro y cuando estudiaba el preparatorio de Derecho, Raimundo García fue enviado a Pamplona por su tutor, el académico don Antonio Balbuena, paisano leonés de su padre, para trabajar en el periódico local «El Eco de Navarra». Tenía entonces 18 años.

«Garcilaso» contaba que llegó a Pamplona de noche, en un carromato de «La Central», y que se hospedó en el hotel «La Perla». Sobre la fecha exacta de este viaje hay contradicciones entre las diversas fuentes. El dato más preciso puede encontrarse examinando la colección de «El Eco de Navarra» y lo aporta el propio protagonista. En un artículo de fecha 8 de noviembre de 1905, «Garcilaso» se defiende de unos ataques dirigidos por «Diario de Navarra» que le acusaban de desconocer el carácter navarro por ser «extranjero». En su respuesta, Raimundo García comienza diciendo textualmente: «... Pasado mañana hará tres años que llegué yo a Navarra...».

Teniendo en cuenta que hacía esta afirmación el día 7 y si la memoria le fue fiel, se puede asegurar que Raimundo García llegó a Pamplona en la noche del domingo 9 de noviembre de 1902.

Hasta su primera firma como «Garcilaso», hecho que se produce el 30 de enero de 1903, cabe suponer que el joven Raimundo en «El Eco» en las labores propias de un joven aprendiz, tales como recoger crónicas telefónicas, hinchar telegramas, etc. Pero antes de esa fecha, existen escritos publicados cuyo autor fue probablemente Raimundo García.

Un ejemplo de esto es la sección «Cháchara», que aparece por primera vez el 14 de enero de 1903 en la primera página. El autor, que firma, «Bernesga», comenta la actualidad política de Madrid en unos versos humorísticos atribuibles por varias razones al joven y novato periodista. Una de ellas es que estas «Chácharas» estuvieron inseparablemente unidas al nombre de «Garcilaso» desde que éste apareció por vez primera, dos semanas después. Cabe pensar por ello que Raimundo García pudo ser el creador de esta sección. Por otro lado, Bernesga es el nombre del río que pasa por León, y teniendo en cuenta las citadas raíces leonesas de la familia, se puede concluir sin temor a equivocarse que esta primera «Cháchara» fue escrita por Raimundo García.

Siete de estas poesías más, acerca de diferentes temas, aparecen en los quince días siguientes. Las firmas son variadas: «Esr.», «El de la Rochapea», «Roncesvalles», «El Barón de Chispa» –en dos ocasiones– e «Izagar». Dos de estos seudónimos nos resultan significativos; Raimundo García usó el de «Juan de la Rochapea» tiempo después, ya en el «Diario de Navarra». El otro es «Izagar», que resulta ser un anagrama de «García», sustituyendo la «c» por la «z» para conservar el fonema. Esto induce a pensar que todas estas primeras «chácharas» podrían pertenecer al mismo autor con diferentes firmas.

Y al pie de una de ellas nació el seudónimo «Garcilaso», que Raimundo García iba a asumir durante el resto de su vida. Fue en la primera página de «El Eco» del 30 de enero de 1903. Se trataba de un intrascendente soneto dedicado al sol, que llevaba por título «Una petición».

Durante más de ocho años y medio y hasta la última de ellas, el 13 de agosto de 1911, las «Chácharas» de «Garcilaso» animaron las páginas de «El Eco de Navarra». Se trataba de poesías cortas que trataban, en tono humorístico e irónico, temas y costumbres locales, acontecimientos o festividades anuales, incluso personajes de la sociedad pamplonesa de entonces. Los carnavales, la marcha de los quintos, el día de Todos los Santos, eran cada año tema de la correspondiente «Cháchara».

Dentro de esta sección, la serie de las llamadas «postales», en las que el poeta elogiaba la belleza y las virtudes siempre incomparables de una joven pamplonesa, tuvo gran éxito entre los lectores. El hecho se puede constatar por la cantidad de

postales de admiradoras que recibió entonces y que aún se conservan en su archivo personal.

El siguiente cometido de Raimundo García, ya siempre como «Garcilaso», fue la crítica de los espectáculos teatrales de Pamplona, labor que desempeñó también hasta su marcha a «Diario de Navarra». La primera reseña de teatro de «Garcilaso» data del 1 de febrero de 1903, y en ella arremete sin piedad contra la obra «La estrella mágica o de pescador a hechicero».

Llega la popularidad

«El Eco de Navarra», periódico fundado en 1875, tenía a principios de siglo cuatro páginas. Habitualmente, las dos primeras recogían la información local –de redactores o colaboradores–, corresponsales y las «gacetillas». Seguían las noticias de Madrid y provincias cercanas, recibidas por teléfono o telégrafo, y el resto se completaba con anuncios y la estafeta local. Redacción, administración e imprenta de «El Eco» estaban situados entre el número 36 del entonces Paseo de Valencia y el 25 de la calle San Gregorio.

Pero la labor periodística de «Garcilaso» fue ampliándose con el tiempo, según iba adquiriendo experiencia profesional y se integraba en la sociedad pamplonesa de la época. Incorporó géneros como la entrevista, que realizó a los personajes célebres de entonces; músicos como el maestro Villa o Richard Strauss, de visita en Pamplona; protagonistas de la política local, como Félix Amorena, Serapio Huici o Arturo Campión fueron objeto de las «interviews» de Garcilaso.

Hacia 1907 Raimundo García crea una cabecera de sección nueva, las llamadas «Películas», locales, regionales o nacionales, según el tema que se tratase. Esta vez en prosa, comentaba en ellas algún aspecto de la actualidad, ya fuera en tono elogioso o de denuncia. Estas «Películas» pasaron a ser una sección fija en «El Eco» casi a diario.

De cualquier manera, resultaría injusto limitar la obra periodística de «Garcilaso» en «El Eco de Navarra» a las secciones citadas. Si bien es cierto que éstas marcaron la pauta de su trabajo cotidiano, hay que reconocer que su actividad en esta época abarcó todos los campos del periodismo. Hizo poesía y prosa, religiosa y profana; ecos de sociedad y crítica social; política y costumbrismo local, reportajes, entrevistas e incluso crónicas taurinas y deportivas.

Demostro también ser un viajero infatigable, recorriendo Navarra en coche, tren, bicicleta o a pie. Realizó multitud de excursiones, que después acostumbraba a contar a sus lectores en su sección «Navarra Pintoresca».

Tuvieron gran resonancia sus campañas periodísticas en favor de causas que él consideraba justas o convenientes para la vida social navarra. Luchó en sus escritos por el indulto de condenados a muerte, promovió suscripciones populares para realizar homenajes –a Hilarión Eslava, por ejemplo–, organizó excursiones por Navarra y denunció irregularidades administrativas.

Apoyó también mejoras urbanas y asistencias para Pamplona. Nunca se cansó de clamar contra las murallas, que, a su juicio, oprimían el desarrollo de la ciudad y su expansión geográfica. Defendió el derribo de la antigua Casa de Misericordia, en el actual Paseo de Sarasate, proponiendo su traslado a las afueras. Alentó y siguió con atención la construcción del nuevo hospital de Barañáin. Hasta fue él quien bautizó como «Mariblanca» la escultura que coronaba la fuente central de la Plaza del Castillo, antes de que fuera desmontada y trasladada a la Taconera en febrero de 1909.

Así pues, el joven Raimundo García fue haciéndose un nombre en la sociedad pamplonesa de comienzos de siglo, al mismo tiempo que sus campañas obtenían cada vez mayor resonancia. Mas hubo una causa por la que la pluma de «Garcilaso» nada pudo conseguir, a pesar de ser objeto de su denuncia durante muchos años. Se refería al monumento a los Fueros, cuya construcción finalizó en 1903; desde entonces, «Garcilaso» clamó por la necesidad de su inauguración, pero su esfuerzo fue acallado por el tiempo.

Garcilaso y el «Diario»

En 1907 se produjeron los primeros intentos por parte de «Diario de Navarra» de contratar a Raimundo García para su redacción. Según consta en el acta del Consejo de Administración de este periódico con fecha 10 de diciembre del mismo año, se tenían noticias de su posible salida de «El Eco». Por ello se encargó a Mauro Ibáñez, presidente del Consejo, de ponerse en contacto con él. Pero no llegó a celebrarse la entrevista, y todo quedó ahí.

Cuatro años después, en 1911, el «Diario de Navarra» intentó de nuevo incorporar a «Garcilaso». «El Consejo –se lee en el acta correspondiente del 30 de julio–, considerando muy importante para el Diario la adquisición de dicho señor, confía al señor Ibáñez –que seguía siendo presidente– el que practique las gestiones oportunas al mencionado fin, pudiendo ofrecerle como sueldo de dos mil quinientas a tres mil pesetas».

En esta ocasión sí que se produjo el diálogo. En el archivo personal de «Garcilaso» se conserva la tarjeta de visita que le envió Mauro Ibáñez, con fecha de 5 de agosto de 1911, que reza textualmente: «habiendo tenido noticia ayer por un redactor del Diario de Navarra, de la renuncia del cargo que desempeñaba en El Eco de Navarra, le invita a celebrar una conferencia en esta su casa, a las 9^{1/2} de la noche de hoy a la hora que vd. designe en cualquier otro lugar». En este encuentro, «Garcilaso» expuso que «tenía ofrecimiento de cuatro mil (pesetas) para director de un periódico de Vigo, hecho que ya conocía el señor Ibáñez». Este le ofreció tres mil, «que pareció aceptar, si bien para contestar definitivamente solicitó el plazo de un mes que él se proponía residir fuera de la ciudad». Así se refiere en el acta correspondiente del 13 de agosto.

De esta misma fecha también se conserva un borrador de la carta en la que Raimundo García comunicó al director de «El Eco» su intención de dejar este puesto. «Abandono este periódico –expone «Garcilaso» en dicho borrador– al que dediqué un cuidado amoroso y leal porque el sueldo que cobro, siempre igual durante muy cerca de nueve años, no me pone a cubierto de las más perentorias necesidades, que no han estado estancadas desde hace nueve años, sino que fueron en aumento». Expresa después su dolor por abandonar la casa y su intención de permanecer en El Eco hasta el primero de septiembre, fecha en que se ausentará para descansar en el campo una temporada. Pero nada dice de la oferta del «Diario».

La primera página de «Diario de Navarra» recoge, en la sección «Ecos de Sociedad», la salida de Raimundo García de «El Eco». La reseña finaliza lamentando esta determinación del periodista, «buen amigo y compañero, y sepa que, periodista o no periodista, puede contar con la simpatía y el aprecio de todos los que trabajamos en esta casa».

Al final, «Garcilaso» aceptó el ofrecimiento de Mauro Ibáñez, y la prueba está en su primer trabajo firmado en el «Diario», publicado el 26 de septiembre de 1911 con el título «Boda distinguida». Días después, el 5 de octubre, se cita en los «Ecos de Sociedad» la baja del redactor José Zalba (Lizarra), que es sustituido por Raimundo García, «Garcilaso». Al día siguiente, éste se presenta a los lectores en la sección «Película local».

Director de «Diario de Navarra»

Pronto se notó la entrada de «Garcilaso» en el «Diario». Se llevó con él secciones del Eco como esta «Película local», impulsó las crónicas teatrales y musicales y siguió organizando excursiones por Navarra que luego se convertirían en crónicas de primera página.

Al año siguiente, Raimundo García se adentró en el campo de las noticias del exterior, dentro de la sección diaria llamada «Crónica del día». Y fue el 11 de junio de 1912 cuando firmó por primera vez una de ellas como «Amezitia», seudónimo que después utilizaría en sus conocidas «Reflexiones» después de la guerra civil.

En octubre de ese mismo año fue encarcelado el director del «Diario», señor Ozcoidi, acusado de un delito de incitación a la rebelión por un escrito que publicó. Su puesto fue ocupado temporalmente por Raimundo García. Pero cuando tras numerosas gestiones Ozcoidi volvió tres meses después, la Junta General de Accionistas decidió mantener la situación, con «Garcilaso» como director. Y continuaría desempeñando este puesto hasta cincuenta años después.

Raimundo García trasladó al «Diario de Navarra» sus inquietudes informativas y su forma de trabajar características. Mantuvo su capacidad de iniciativa organizando viajes, promoviendo actos como el mitin contra la blasfemia o la lectura de la obra «Voces de gesta» en el teatro Gayarre, a cargo de su propio autor, Ramón María del Valle Inclán. Se da la circunstancia de que, tras la marcha de «Garcilaso», el «Eco de Navarra» sólo pudo soportar durante dos años la competencia de su rival, y se vio obligado a cerrar en 1913. Y precisamente fue el «Diario» su comprador, después de desaparecer como periódico.

Sin una competencia relevante en el panorama de la prensa de Navarra, el «Diario» entró en un período de asentamiento y lenta expansión. En cuanto al aspecto formal, la principal novedad es el paso de cuatro a seis páginas y la progresiva renovación técnica. «Garcilaso» siguió entonces con especial atención la actualidad internacional, en la que destaca la Gran Guerra. Es entonces cuando descubrió la radio como medio informativo, y desde aquel momento fue un asiduo oyente de los boletines horarios.

La guerra de Africa

Un acontecimiento sacudiría años más tarde el ánimo de los españoles junto con el espíritu periodístico de Raimundo García. En el verano de 1921, el desastre de Annual da un vuelco desesperanzador a la situación en la ya demasiado larga guerra de Africa. Se movilizan tropas en todo el país, y muchos jóvenes navarros acuden al frente. El día 14 de septiembre, «Diario de Navarra» sorprende en primera página con una gran nota titulada «D. de N. en Marruecos», en la que anuncia que el director ha marchado a Melilla con el fin de enviar crónicas de la guerra y dar noticias de los soldados navarros a sus familiares.

Este sería el primero de los viajes a Africa de «Garcilaso»; después habría otros dos, hasta la conclusión de la guerra. Raimundo García salió de Pamplona hacia Madrid el 14 de septiembre. Allí se entrevistó con el ministro de la Guerra, La Cierva, quien no sólo le dio permiso sino que le animó a ir al frente. Después de reunirse con otras personalidades del Ministerio, salió para Málaga, donde embarcó rumbo a Melilla en el vapor «Monte Toro».

En esta plaza española empezó a contactar con las principales autoridades militares, como el Alto Comisario General Berenguer y el general Sanjurjo, pamplonés de la calle Mayor. En sus crónicas, que comenzó a enviar diariamente a «Diario de

Navarra», describía ambientes nuevos para él y recordaba sin falta los encuentros con gente de la tierra. Un vapor-correo salía a las seis y media de la tarde, y «Garcilaso» reseñaba en ocasiones sus prisas para enviar las crónicas a tiempo.

Una vez asentado en Melilla, «Garcilaso» se dedicó a recorrer los puestos de los alrededores, buscando siempre los lugares donde se hallaran los soldados para saludar a aquéllos que fueran navarros. En cada cuartel o campamento que visitaba, preguntaba en primer lugar por los navarros, para a continuación tomarles a todos sus nombres y sus lugares de origen. De esta manera, las crónicas de Marruecos del director del «Diario» incluían a veces sucesiones ininterminables de nombres y pueblos. A los soldados heridos trataba de infundirles ánimo, y después reproducía estos diálogos en el texto. Narraba las anécdotas de la convivencia, los gestos de heroísmo, los percances, hablaba con los jefes militares, comentaba con ellos táctica y estrategia a seguir... En cambio, nunca hablaba del riesgo. Eludía cualquier comentario sobre el peligro existente en las posiciones que él frecuentaba, sin protección alguna.

Así pues, las crónicas de «Garcilaso» desde Marruecos resultaban ser un compendio de muchos géneros diferentes, en un intento de reflejar lo más fielmente posible el ambiente que reinaba en el frente. Entabló estrecha amistad con el capitán navarro Beorlegui, del Tercio, quien le ayudaba a conseguir buenos lugares de observación.

Raimundo García prefería viajar solo, sin utilizar los medios de locomoción que la Alta Comisaría ponía al servicio de la prensa. Cuando había operaciones, se desplazaba la víspera, alojándose en el campamento del Tercio para acompañarle en la línea de fuego. En su archivo existen decenas de libretas, en las que tomaba apresuradas notas a lápiz sobre la marcha, y que luego le servían para reconstruir los hechos en sus crónicas. Su tan arriesgada como privilegiada posición en el campo de batalla le permitió obtener siempre datos e informaciones de primera mano.

En el «Diario» del 9 de noviembre de 1921, en primera página, como siempre, Garcilaso cuenta en su crónica cómo le fue presentado el joven comandante Francisco Franco. Raimundo García lo definió entonces como «un jovencito moreno y lindo, el más valiente y más duro de los legionarios de su bandera».

A finales de noviembre, una carta de Juan P. Esteban a «Diario de Navarra» elogiando la labor de «Garcilaso» en Africa, para el que pide el título de «hijo adoptivo de Navarra» levanta una oleada de adhesiones en los siguientes días. Poco después es la Asociación de la Prensa de Pamplona la que asume la tarea del homenaje al director del «Diario». El mismo periódico comenta en respuesta la proposición y la apoya incondicionalmente.

Raimundo García volvió a Pamplona a primeros de abril, después de casi siete meses recorriendo puestos militares en el campo de batalla. A su regreso, la Diputación Foral de Navarra y demás autoridades provinciales y locales le homenajearon por su labor de apoyo a los soldados navarros en el frente distinguiéndose con el título de «Hijo adoptivo de Navarra».

Nuevos viajes

Tres años después, la situación en el protectorado español no apuntaba a una próxima solución, y «Garcilaso» emprendió de nuevo el camino de Africa. Era el 10 de septiembre de 1924. Esta vez se dirige a Tetuán. Allí tratará a Franco, Mola y otras autoridades militares.

Recorrió hospitales, siempre en búsqueda de navarros, para dar cuenta a sus familiares y llevar a los soldados recuerdos de su tierra y de los suyos. En esta ocasión, la estancia de «Garcilaso» se redujo a apenas dos meses escasos, pero su actividad

volvió a ser infatigable. En el «Diario» se recogían encargos o peticiones de familiares de soldados, que el periódico se encargaba de transmitir a su director. Y éste trataba de atender, en la medida de lo posible, dichos ruegos, intentando localizar a los jóvenes en cuestión para informar de su paradero. A veces las noticias no eran buenas, y «Garcilaso» se dirigía directamente a los familiares para comunicarles que su hijo se encontraba herido, o que desgraciadamente había caído en determinado frente. La crónica adquiría entonces un tono de dramatismo, pero siempre sobrio y con entereza.

Raimundo García emprendió un tercer viaje al año siguiente, en 1925. En esta oportunidad, su llegada coincidió con el desembarco de Alhucemas, a primeros de septiembre. Se dirige también a Tetuán, de nuevo su centro operativo desde donde vuelve a recorrer las zonas donde se combate en busca de navarros. Su actividad sigue siendo la misma, ahora con más experiencia y conocimiento del terreno.

En esta tercera estancia en Marruecos, «Garcilaso» llevó consigo una cámara fotográfica. Aunque en sus crónicas iniciales confesaba ser un ignorante en la técnica de la fotografía, añadía también que se sometió a un rápido aprendizaje para conseguir su propósito.

Y si las noticias de los soldados navarros tenían de por sí interés para toda la audiencia, la publicación de fotografías más o menos recientes –las crónicas tardaban en llegar unos diez días a Pamplona– multiplicaba este interés. «Garcilaso» retrató con su cámara momentos de la vida diaria de los soldados, grupos de ellos o batallones enteros que posaban sonrientes, pensando en que su familia y amigos leerían «Diario de Navarra». Las relaciones de nombres y pueblos se completaron con las cientos, miles de caras que, durante tres meses, se publicaron en las páginas del «Diario».

En las últimas semanas, Raimundo García aprovechó para recorrer las principales ciudades de Marruecos, volviendo así a rememorar sus crónicas de viajes. Visitó Casablanca, Marrakech, Rabat, Mekinez, Fez, Taza, etc. para terminar en Melilla. «Diario de Navarra» publicó esta serie de crónicas bajo el título de «Un viaje por el imperio marroquí».

El 22 de diciembre de 1925, «Garcilaso» volvió a Pamplona definitivamente. La guerra de Africa terminaría pronto, y sus crónicas ya no serían, afortunadamente, necesarias.